Historia del Vicariato de Hunan y sus trastornos desde su fundación hasta el año 1889, por el P. Benito González

Comentarios y texto
POR
TEOFILO APARICIO O. S. A.

INTRODUCCION

Ninguno más autorizado para hablarnos de las Misiones Agustinianas en China en su segunda época que el P. Benito González. Testigo ocular de muchos hechos, confidente de dos Provicarios Apostólicos, amigo íntimo del P. Luis Pérez—el que habría de ser más tarde el primer Vicario de la Misión—, maestro y guía de los jóvenes misioneros que vendrían en pos de los primeros, nadie como él puede contarnos el comenzar, inseguro y vacilante, de aquella cristiandad. Conocedor de todos los secretos y de todos los caminos andados por abrirse paso en un ambiente francamente hostil, el noble asturiano de San Martín del Rey Aurelio ha de referir, en tono sencillo, claro y seguro, los sucesos—alegres o tristes, prósperos o adversos—que ocurrieron en Hunan durante los años de su fundación.

Y como el P. Benito González no esperaba que su historia pudiera salir un día a la luz pública íntegra y tal

como brotara de su pluma, se cuida poco—si bien procura encerrarlo entre paréntesis en señal de respeto—de referir anécdotas, hechos y dichos que pudieran abrir los ojos a más de uno con escándalo, claro está, de su miopía tocante a formar juicio de las obras humanas. Que al fin, contando con la ayuda de Dios que se quiera, obra humana era la que emprendían aquellos varones, émulos de las hazañas del P. Benavente, Rivera y Tomás Ortiz.

Hombres eran los Superiores que rigieron aquella Misión tan valerosa como sufrida, y también los que se llamaban súbditos suyos. Y hubo equivocaciones, errores trascendentales, causantes, en parte al menos, de otros venideros; pero bien podemos disculparlos teniendo en cuenta que eran nuevos en aquella provincia y que desconocían el ambiente, índole y manera de ser de los naturales.

Quede, pues, todo pagado y satisfecho con la confesión que los mismos héroes hicieron al reconocer sus errores. Y quede bien pagado todo y compensado abundantemente con la sangre y sudor que derramaron por acercar a Cristo a una tan vasta región como la de Hunan Septentrional, enteramente pagana cuando llegaron a ella los Agustinos.

El original del P. Benito González lo forma un cuaderno de 140 páginas en cuarto. Consta, como verá el lector, de una narración, con la que contesta a la segunda pregunta del INTERROGATORIO que mandó el mismo P. Provincial, M. R. P. Fr. Tomás Gresa, y que reza así: «¿Qué trastornos o contratiempos se han experimentado en la Misión desde que se fundó?», y que nuestro misionero traduce por esta otra, que inserta en la portada del cuaderno:

«Historia del Vicariato de Junan Septentrional y sus trastornos desde su fundación hasta el año de 1889.»

La narración termina en la página 115, y llega justamente hasta finales del año 1888. Sigue luego un apéndice, en el que relata los principales hechos acaecidos en

el Vicariato durante el 89 hasta mediados de septiembre, en que cierra su cuaderno estampando su rúbrica y el lugar donde lo escribió. La letra en que está escrito es menuda, pero clara y fácil de leer, y el manuscrito, fuera de unas hojas sueltas, se conserva en muy buen estado.

Consultado el P. Gregorio de Santiago Vela y las principales revistas de la Orden, creemos que no haya sido publicada tan interesante relación, si bien la debió de tener en cuenta el P. Bernardo Martínez en su *Historia de las Misiones agustinianas en China*, pues copia párrafos enteros de la misma.

I

Nació el P. Benito González, en San Martín del Rey Aurelio, en 25 de junio de 1855. En 1881, ordenado ya de sacerdote, partirá para las misiones de China, según había sido siempre su deseo. «Yo, por la gracia de Dios, llegué a ésta con un viaje felicísimo de doce días, después de haberme pasado cuatro días a las orillas del lago Tontín (1), a causa del mal temporal, contemplando el vaivén de las olas y el rebullir de las arenas, que como doradas perlas me presentaban sus hermosas fauces, clamando y diciendo: «Míranos, que guapas somos.» Y, efectivamente, las miré, y me parecían hermosas, y doradas, y hasta de oro algunas...» (2).

Así se expresa nuestro héroe en la primera carta que escribió desde Siang-tang, adonde había sido destinado para aprender el difícil idioma de Confucio. La escribe justamente a los cinco meses de su entrada en la misión. Por el momento está seguro de que, mientras se limite a descifrar caracteres chinos, no le inquietarán gran cosa los literatos y mandarines de la ciudad. Cierto que amenaza tormenta..., pero aun no se ha escuchado el estampido del trueno. En Sian-Te-fú, por el contrario, acaba de susci-

tarse nueva persecución, apareciendo de nuevo los pasquines cargados de insultos y «calumnias» contra el misionero católico...

Mas el P. Benito tiene una fe loca en su destino. Los de Siang-tang saben que su pasaporte no le permite permanecer allí por más tiempo. Importa poco eso...; «yo me doy mis paseos de cuando en cuando, y nadie me dice nada», escribe, optimista y seguro (3).

Nos encontramos ahora en los primeros meses del año 1883. Un condiscípulo y amigo de nuestro biografiado le pide desde España una relación «de los sucesos acaecidos en estas malhadadas tierras—copiamos a la letra las palabras del P. Benito—encomendadas a nuestra vigilancia y cuidado desde el día en que yo me acerqué un poco a contemplar su desventura hasta el presente». A no tratarse del P. Conrado Muiños, «le hubiera dejado en paz y en gracia de Dios»; mas por cuanto se lo pide «un amado condiscípulo», bien estará que se le atienda.

«Salí de Jancou—escribe—el 3 de septiembre, y en mi compañía un criado y dos cristianos de Junan que volvían a sus casas. En el río, en vez del vapor europeo que me trajo desde Sanjai, me encontré, como era natural, con una barca china de mala muerte, y en lugar de un hermano que me sirviese de solaz, me hallé con cuatro chinos tendidos a la larga en un oscuro rincón, cada uno con su candelilla en la mano, como alumbrando a la muerte. ¡Si vieran cómo se tragan bocanadas de humo, y estiran la barba, y cierran los ojos, y mudan de color, y se encogen y retuercen como si padecieran graves retortijones!...

Con tales compañeros me di a la vela, y con viaje feliz llegué a Yochou, donde pasé sosegadamente la noche a bordo de la goleta, como de ordinario. Al rayar el alba surcábamos ya las aguas del extenso lago Tontín, que o poco o nada se diferencian de las del agitado mar. Cosa de una hora llevábamos de navegación, cuando se levantó un viento de costado tan recio, que los nautas empezaron

a temer y mi buena gente a mascar en seco. No lejos de nosotros se divisaba una pequeña punta de tierra, contra la cual diz que en tiempos pasados no lejanos se estrelló la banca de un mandarín, y pereció él con sus mujeres y todo cuanto llevaba. Merced a lo cual una de sus concubinas, á quien había tocado en suerte quedarse en su casa, lamentando la desgracia de su amante, y no sabiendo cómo vengarse del agresor, excogitó el extraño medio de atravesar la punta de parte a parte y abrir un canal que sirviese de refugio a los navegantes, de monumento perenne a la memoria de su pretenso consorte y de venganza a las crueles ondas. Así lo ideó y así lo ejecutó, según comúnmente refieren. Aquel fué también mi refugio por espacio de cuatro días que duró el mal temporal. Al cabo de los cuales se extendieron otra vez las velas, y después de tres días, con felicidad cumplida, llegué al término de mi viaje.

Ya estamos en Siantian. Un cristiano de los que me acompañaban se fué a Lomachón (pueblo situado al sur de Yuenchan, y distante de él una legua corta); el otro, a Ulinsien, lugares respectivos de su domicilio. El de Lomachón había sido mediador en la compra de una casa que el Rev. Pro-Vicario, P. Elías, adquirió el año pasado en el pueblo de Yuenchan para subsidio de la Misión, y, como tal, tenía en su poder la escritura de compra. El de Ulinsien fué igualmente el año pasado mediador de una compra en aquel punto, y por tal motivo había padecido todos los horrores de la persecución, siendo sumido en una cárcel y azotado cruelmente, y su casa, enteramente saqueada por la desenfrenada soldadesca. Por este motivo vivía prófugo desde que logró verse libre de las sanguinarias manos de sus enemigos, y ahora vuelve con esperanzas de recobrar lo perdido y hallar la deseada paz para su angustiada familia, según los arreglos hechos por el cónsul español con los virreyes de Nanquín y Jupe..!

A mí aquí me tiene usted oyendo de lejos el rumor de

la tempestad y durmiendo tranquilamente sobre cuatro tablones como en lecho de rosas...» (4).

La primera sementera (*You-yang*).—El P. Benito González está ahora en lo que bien podemos llamar sazón espiritual. Había soñado con pasar a las Misiones de China, y ya sabía de aquel «celeste imperio» más que muchos frailes experimentados y con las sienes canas. En solos dos años de prueba había adquirido una ácida y a la vez dulce experiencia de las cosas que ordenaba su voluntad y hacía su juicio seguro. Había aprendido también a domeñar sus nervios y su ira, que es una de las grandes sabidurías y de las mayores victorias alcanzadas por el hombre sobre sí mismo, con lo que, en medio de la persecución y de la lucha, sabía mantener el ánimo tenso y austero. Su único afán «era avanzar siempre; nunca retroceder». Que lo que importaba entonces era el aliento de la marcha. Nuestro héroe no entiende de descansos. Mientras le quede un hilito de vida y una gota de sangre en sus venas, su puesto ha de ser—lo ha dicho claramente—el del soldado en la trinchera. La palabra que le define en estos días es la de *luchador*.

En diciembre de 1883 se traslada a You-yang, después de haber experimentado no pequeñas contrariedades en la misión franciscana de Yuinti. La excursión que acaba de efectuar ha sido atrevida, como todo lo suyo.

«Allá por el mes de diciembre del año pasado—dice en una de sus cartas—le comuniqué desde Jancou mi salida para ésta. Al paso tuve ocasión de visitar al P. Saturnino en su soledad. Conferenciamos tres días. Al tercero proseguí mi viaje, atravesando hasta Sang-tec-fú por lagos, ríos y canales, cuyas orillas, pobladas de arboleda y llenas de vegetación, aun en aquella época, la más cruda del año, revelaban la feracidad de aquellas vegas, que por muchas leguas se extienden a uno y otro lado. En Sang-tec-fú me detuve otros tres días: nada de particular. De

ocho a diez leguas más arriba de Sang-tec-fú, cerca de Taocpien, empieza la precipitada corriente que hace peligrosísima la navegación. Allí mismo se elevan dos cordilleras de altísimos montes cónicos que paralelas suben y se ramifican indefinidamente, dando origen a innumerables vertientes, casi todas navegables, afluentes del caudaloso Yuen-chang, que deposita sus aguas en el lago Tong-tin. Esos montes poblados de pinos, cipreses y otra variada multitud de árboles, y cubiertos por su cima de espesa niebla, a lo menos en aquella estación, son causa de las aterradoras tronadas, precursoras de la nieve, o, en otro tiempo, de las inmensas avenidas que con frecuencia experimentan las regiones por donde el río encamina su corriente...

En Sin-tchon-fú me alcanzó el año nuevo sínico, y también una invernada de nieve y granizo, que no me dejó en lo restante del viaje. Por lo demás, hasta aquí no tan mal. De aquí arriba, a medida que iba subiendo, los peligros se aumentaban a cada paso: «Pericula fluminis, pericula latronum.» Para remate de tan larga fiesta, dos días de jornada por montes y barrancos, entre nieve y hielo, a pie y andando, y en angarillas cuando se podía, que era bien poco. Por último, a los cincuenta días de navegación y dos de camino llegué al término deseado de mi carrera con buena salud y mejor escolta de pegadizos compañeros.

Aquí tomé descanso por espacio de dos meses; después, por camino diferente, me volví a Junan. A los cuatro días de jornada me hallaba frente por frente de los países salvajes a mí encomendados. Vecino a los bárbaros moré por espacio de tres semanas, y por experiencia propia, me llegué a convencer de que son éstos tales cuales me los habían pintado antes de ahora. Subyugados por la mano cruel del chino tártaro, no pueden apenas respirar entre impuestos y vejaciones...

Durante el corto tiempo que por aquellas tierras permanecí pude, a Dios gracias, granjearme la voluntad de

algunos y constituir predicadores en Jua yuen (Yuen-xi-tin), Paotching y Lousan. Para la fiesta del Corpus Christi llegó el de Paotsing a darme cuenta de sus trabajos, como se lo tenía encomendado. Diez familias, en número de cincuenta y tres individuos, han derribado de sus altares al ídolo que por millares de años había sido objeto de su adoración y se alistaron en las filas de Jesús. Pocos días después me trajeron la nueva de que un famoso médico, residente intramuros de la misma ciudad, volviendo de cumplir con un deber de su cargo, se juntó inconscientemente con un recién convertido, y trabando plática y viniendo al punto de religión, pidió, como el otro eunuco, ser instruído en la fe cristiana. El con su familia, lo mismo que los anteriores, se están preparando para recibir el Bautismo. Días pasados mandé a aquellas partes de maestra a una viuda de sesenta años, probada diez años continuos con el fuego de la persecución y nunca vencida, para que instruya a las mujeres e hijas de los convertidos, las cuales no pueden ser enseñadas por varón, según laudable costumbre china...» (5).

El P. Benito paró muy poco tiempo en You-yang. Y en honor a la verdad, debemos decir que no fué todo padecer y sufrir sin consuelo. El grano de mostaza—como acabamos de ver—iba creciendo, creciendo..., y cuando el misionero hubo de abandonar su cultivo, porque le requerían en otra parte, podía cobijar bajo su sombra a un número considerable de fieles. ¡Cuánta verdad es que la fe y constancia del soldado de Cristo allana las mayores resistencias y dificultades!

En la lucha se conoce al estratega (*Cai-chi-chao*).—Hemos entrado en el año 1885. El P. Benito González se encuentra definitivamente en Cai-chi-chao. Y decimos definitivamente porque ya en 1883, valiéndose de una familia cristiana de Hupe, había logrado establecerse hasta cierto punto en dicho lugar. Sólo que el P. Elías Suárez,

Provicario entonces, por motivos que ignoramos, dió por nulas todas las gestiones realizadas por el novel misionero (6).

Pero Cai-chi-chao era la misión que estaba reservada para nuestro héroe; lo mismo para su paz y consuelo que para su martirio. Era por el mes de noviembre de 1884 cuando el P. Benito se decidió a dar aquel paso. Por encima de todo tenía que fundar allí misión, pues no era otro su anhelo que este: *fundar*. Los pasquines infamantes y obscenos anunciarán su llegada a la aldea. Pero él, con aquella voluntad de hierro que poseía y con aquella fuerza y alegría física tan suya y tan española, pasará por todo, enfrentándose con los mismos «literatos» y mandarines, capitanes de la revolución. Todo esto obedecía a que, como escribe el P. Bartolomé Fernández, «llevaba en su alma un poderoso impulso que irresistiblemente le movía a buscar toda empresa que fuese arriesgada. ¿Cuál era este impulso? El martirio, ensueño de su juventud, anhelo constante de su vida y aspiración suprema de sus actos» (7).

De tal modo se había hecho carne en el alma del Padre Benito González esta idea del martirio, que el no morir por la fe lo consideraba como faltar a los fines primordiales de la vocación del misionero. Y cuando cuente ya los cincuenta y siete años de edad, dejará escapar de su corazón y de su pluma este bello pensamiento y más que noble aspiración: «18 de agosto. En la historia de mis días hoy se recuerda una fecha memorable. Perdóname, Dios mío, si me dejo llevar de la tentación, deteniéndome un poco en ella y recordando hechos a un mismo tiempo tan alegres y tan tristes para mi alma. ¡Si fuera mi dicha tanta que me concedierais morir por vuestra santa fe, que es el sueño de toda mi alma, desde que me inspirasteis, el día de vuestro siervo levita San Vicente Mártir, estando en el coro de La Vid rezando sus maitines, la vocación de predicar y dar a conocer vuestro Santo Nombre entre estos chinos que me rodean; si, pues, vos, Se-

nor, por un acto de vuestra infinita misericordia, concedieseis á tan gran pecador, como soy, la dicha inmensa, repito, de morir por vuestra fe!...» (8).

En los primeros días del citado año 1885 nuestro misionero se hospeda en casa de los farmacéuticos del pueblecito de Cai-chi-chao (9), cristianos cien por cien y muy caritativos. La primera y más urgente necesidad es, pues, la de procurarse casa y residencia misionera, cosa harto difícil de conseguir, dado el ánimo abiertamente adverso de los naturales contra el europeo embaucador. Mas el P. Benito, que, no obstante tener la cabeza metida en toda calentura de quimera, es la misma observación sagaz del mundo en que vive, orilla toda dificultad prometiendo solemnemente indemnizar al dueño el valor de la casa si por ventura fuese destruída por la hez del populacho; «todo lo cual indica—añade el autor de la Memoria citada—que el *generoso* arrendador estaba al tanto de lo que andando el tiempo había de acontecer».

De sobra sabía el misionero agustino que su permanencia en Cai-chi-chao habría de ser harto breve. No obstante, él obra en todo como si nunca hubiera de salir de su amada misión. La mejor de sus habitaciones ha sido destinada para capilla, donde podrá reunir a sus catecúmenos, cuyo número aumenta de día en día. Este grupo escogido, primicias de una misión heroica, será el primero en llamarse «cristiano» entre todos los fieles de Hunán. Mas el enemigo, que no duerme, se valdrá de mil astucias para inquietar y molestar a aquel gran obrero evangélico, hasta expulsarlo de Cai-chi-chao. Era un rival poderoso que no debía seguir haciendo propaganda y conquistando adeptos al partido de Jesucristo de aquel modo.

Y es el gran «Ta-ren», el «hombre grande», jefe del distrito de Litchow, quien no puede aguantar por más tiempo al *europeo*. Pero he aquí que su misma arrogancia, su orgullo de «grande», le aconseja no deshacerse de él ruidosamente, sino acosarle por todas partes, declararle una

guerra tan sorda como cruel, reducirle, en fin, a tales extremos que le haga imposible la vida, obligándole de este modo a salir de la mencionada aldea.

Erraba el gran Ta-ren. El único afán del P. Benito era el de propagar el Evangelio en la pequeña heredad que le habían confiado. Tan solo le preocupaba la futura suerte de sus neófitos. Eso sí, cuando meditaba a solas estas cosas, le hacían temblar el alma, poniendo una pena muy grande en su corazón.

El foco de todas las maquinaciones contra el misionero católico estaba en la ciudad de Litchow, de donde había tenido que salir, amenazado de muerte por las turbas enfurecidas, el P. Saturnino de la Torre (10). Las amenazas son continuas, celebrándose diariamente conciliábulo para ver la manera de expulsar de Cai-chi-chao al maldito europeo. Mas el valeroso soldado sigue firme en su puesto de avanzada. «El P. Benito, lejos de intimidarse—escribe el autor arriba citado—, resolvió acudir al origen del mal, ir a Litchow a conferenciar con el mandarín y demandarle la protección que, en cumplimiento a los tratados internacionales, tenía el deber de prestarle como a misionero católico. ¡Pobre P. Benito! ¡Quién había de decirle que en ese viaje le preparaban una perversa emboscada!...» (11).

Efectivamente. Ya de vuelta a su tan amada como desgraciada misión le salen al encuentro las turbas, fanáticas, vengativas, sedientas de sangre europea. El misionero es esperado en Mung-chin-se, pueblecito próximo a Cai-chi-chao. Y cuando ya le tienen delante de sus ojos, se arrojan sobre él, dándole de golpes y bofetadas hasta dejarlo tendido en el suelo y sin aliento de vida... De hecho, si el P. Benito no murió en aquella hora fué porque Dios no lo quiso, porque este buen Dios, que tenía preparado a su leal siervo un calvario muy largo y muy duro, hizo que se compadeciera de él un venerable anciano, principal de la villa, interviniendo en favor suyo. Tenía que ser un gentil de nobles sentimientos quien sal-

vara por esta vez la vida de nuestro heroico hermano. Que nos cuente él mismo la macabra escena. «A tres leguas de Cai-chi-chao—cuenta el P. Benito—, los que me conducían en la litera entraron en una fonda a tomar su desayuno. No bien habían entrado, cuando la población se alborotó de repente. Se presentó un literato metiéndome por los ojos una tarjeta del P. Saturnino, tratando de confundirme con él; cundió la voz de que el mandarín había puesto espías por todas partes para no permitir pasar al europeo; el literato clamó: «¡Muera este!», y unos con cuchillos, otros con bastones, estos mesando la barba y arrancando los cabellos, y los otros dando fuertes golpes en las espaldas o empellones, medio arrastrando me sacaron fuera de la población y me siguieron más de media legua hasta obligarme a prometer que saldría de la provincia. Con esto y viéndome desandar lo andado, la plebe se volvió a sus faenas. Uno de los que me acompañaban, al verme tratado de un modo tan cruel, salió de entre la multitud y se dirigió al mandarín a reclamar justicia. Sigilosamente continué a Litchow, donde fuí obligado a pernoctar en una inmunda pagoda, sin que se me permitiera entrevistarme con la autoridad, y lejos de encontrar en ella la protección que buscaba, fuí nuevamente conducido «en medio de una escolta a Cai-chi-chao» (12).

No pararon aquí los sucesos y menos las desgracias del misionero. Hoy, 21 de abril de 1886, Miércoles Santo, se ha reunido este segundo sanhedrín para tratar del caso del europeo. Preside el acto este que bien pudiera llamarse José Caifás, pero que en realidad lleva un nombre chino y es actualmente la primera autoridad de Litchow. Ya han sido convocados los alguaciles todos del contorno. Se procede con astucia—lo mismo que cuando condenaron a Jesús—, y el juez es tan malvado como lo fuera el que dictó sentencia contra el Nazareno. En público tiene buenas palabras, mas en privado, en su cámara de confidencias secretas, pide ayuda a sus satélites para estudiar el modo

más asequible de echar lejos al misionero católico de Caichchao. Por un momento en que se ha quedado solo manda llamar a los vecinos del misionero. Cuando les tiene en su presencia, les acosa a preguntas sobre la vida que aquél lleva. Un cristiano que, afortunadamente, puede escuchar las declaraciones oculto en un nicho y detrás de un ídolo, contará a la mañana siguiente que nadie pudo alegar cosa alguna contra el vivir santo del P. Benito. Sólo un bonzo pretendió, en su saña infernal contra la Iglesia católica, desprestigiarlo con el siguiente razonamiento, que le coloca —como observará el lector— muy por encima de Laotse y de los más grandes filósofos chinos: «Nada se dice contra él, pero algo habrá en secreto, puesto que los cristianos frecuentan su casa, y todos juntos rezan y practican no sé qué clases de ceremonias, permaneciendo así, como orando, en ocasiones por mucho tiempo» (13).

Tres días más tarde, Sábado de Gloria, la campana de la pagoda vecina tocaba a rebato. Aun se oye distante el estampido del cañón, cuando se acerca el tronar de atambales y tambores. Momentos después, y a una señal convenida (14), oyóse un disparo de cañón que alcanzó el altar, haciendo trizas la imagen de San José. A este disparo siguieron otros muchos, agolpándose luego la plebe en torno a la residencia, forzando sus puertas, entrando y robando a mansalva y destruyendo a mano tendida. «El Misionero, al ver tal destrozo y la casa incendiada por todas partes, dió dos pasos para salir; mas apenas se había separado de la puerta, un satélite le asestó un terrible golpe en la cabeza; tras de éste, otro le descargó con el tridente varias punzadas en el cuello y le derribó exánime. La sangre salía a borbollones hasta por la garganta. No contentos aún, le asen de la coleta, y cosiéndole contra el suelo, dejaron caer sobre la cabeza, hombros y espaldas tal lluvia de golpes, que la sangre brotaba de todas partes. «¡Inhumanos, piedad —grita un alma fiel—, tened compasión de los muertos, ya que no la habéis usado con los vi-

vos! ¿No véis que está ya exánime?» Y diciendo esto se echa sobre el Padre misionero, y expone sus propias espaldas a los golpes, para librar al que él tenía por padre. Otro clama: «¡Ya es bastante, no se os ha mandado tanto» (15).

La salvación en la fuga.—«Como estaba de Dios que en aquella hora no muriese el misionero, pasados algunos instantes se levantó con el rostro y vestidos bañados en sangre, pero tan fuerte y ágil como antes del atropello. Fué conducido en procesión por una larga calle hasta la pagoda, excitando con su lastimera figura afectos de compasión en unos, de risa y escarnio en otros.

De la casa-iglesia pasaron a la botica, y la destruyeron, y a la mujer del boticario la trataron tan brutalmente que la llevaron desnuda a la pagoda. Desde la botica se dirigieron a las casas de los cristianos, y las destruyeron todas. Ya por la noche se deliberó sobre matar o no al misionero, inclinándose algunos a cortarle la cabeza; mas prevaleció el criterio de los que juzgaban prudente esperar las órdenes del mandarín. Cuatro satélites le custodiaban aquella noche, y tres de ellos se echaron a dormir mientras el otro vigilaba. Obligado el misionero a salir fuera, pidió permiso, que no le negó el despierto vigilante (16).

Kong-gan es un pueblecito que cae frente por frente a Cai-chi-chao en dirección norte y a muy poca distancia del mismo. Esta pequeña aldea pertenece ya al distrito de Hupe. Una estrecha prolongación del río You-Lang separa a los dos pueblos, que se comunican, no obstante, por medio de un puente de piedra. Y hacía mucho tiempo que los de Kong-gan estaban enemistados con los de Cai-chi-chao. De ahí que—siquiera por amor propio y orgullo de aldea—reprobaran la conducta de los enemigos, poniéndose de parte del misionero, quien, ni corto ni perezoso, aprovechó aquella feliz coyuntura para salir del apuro. «Allí, en Kong-gan—pensaba él muy cuerdamente—me recibirán

bien, pues la rivalidad que existe entre ambos pueblos hace que, por el momento, sean éstos mis amigos.»

Como lo pensó, lo hizo. Burlando la vigilancia del único centinela que hacía guardia en aquella hora, se dió a la fuga, corriendo desesperadamente a campo traviesa hacia el pueblo vecino. De tal modo, que cuando el centinela quiso darse cuenta y avisar a los compañeros de servicio ya el P. Benito se había alejado bastante de la aldea. Los cuatro soldados salieron corriendo y gritando como energúmenos, alborotando a la vecindad, en persecución del fugitivo. La agilidad de piernas y el esfuerzo heroico del misionero coronaron felizmente la empresa. El P. Benito pudo ganar el puente antes de que le dieran alcance, poniéndose de este modo fuera de peligro. Sin duda que al fin hubiera sido de nuevo atrapado por los taimados enemigos, pero se vieron éstos obligados a abandonar su presa ante el empeño de sus rivales en defender la vida del europeo (17).

Pasado el peligro, nuestro héroe fué atendido por una familia pagana, más generosa y de sentimientos compasivos, y por el mismo mandarín de Kong-gan, que buscó personalmente las medicinas necesarias para curar al maltrecho misionero (18).

Recobradas las fuerzas, vuelve el P. Benito a su vida de andante «Caballero de la Cruz». En junio de 1886 le encontramos ya en Hankow, desde donde escribió al Reverendo P. Tirso López, residente en Valladolid, dándole cuenta de lo acaecido en su desgraciada misión. «El Sábado Santo, día 24 de abril, se levantaron contra mí más de dos mil personas con todos los instrumentos de guerra, incluso el cañón; me hirieron, y sané por milagro; hirieron también a otros cinco cristianos y catecúmenos; robaron cuanto tenía yo y todos los neófitos; quemaron la casa-iglesia y destruyeron cuanto había, hasta las berzas y árboles de la huerta. Destruyeron también las casas de todos los catecúmenos, y a ellos, en número de cuarenta y

tantos, los echaron fuera de la Provincia con la ropa sola que traían puesta. Hoy están todos en la Provincia de Jupé, y ni aun allí se ven libres, pues, según carta recibida hace dos días, todavía meditan medios sus perseguidores para acabar con sus vidas...» (19).

Siempre en la brecha.—El P. Benito, como habrá podido advertir el lector, se había trasladado de la Provincia de Hupé a Hankow, donde, a falta de otros consuelos, tuvo el muy grande de abrazarse con tres hermanos, tan sufridos y valientes como él: los PP. Saturnino de la Torre, Celedonio Martín y Hno. Pedro Cítores. Estando aún en la ciudad, reclamó la ayuda y protección de Francia. El cónsul tomó cartas en el asunto y prometió «presentarse por sí mismo en Cai-chi-chao para examinar lo ocurrido y hacer que se respeten la justicia y los tratados». En propósito no estaba mal todo aquello, pero ante la amenaza y descaro del mandarín de Lit-chow quedaron frustrados los buenos deseos del cónsul francés y su ayuda reducida a la nada. «Me veo en la necesidad de buscar un recurso—escribía el héroe todo angustiado—para salir del atolladero en que nos hallamos todos los de Hu-nan. Hemos reclamado, como era natural, una y muchas veces ante el cónsul francés, y éste ha dirigido al virrey una exposición, a la que contestó el interesado mandarín de Lit-chow con un grandísimo infolio, en forma de oficio, con un conjunto de inmundas imposturas, con las cuales se despacha a su gusto contra el misionero y la veneranda religión que predicamos. Lo que en años atrás se leía en los numerosos anónimos estampados en Chang-teh, eso mismo lo tenemos ahora, firmado por el mandarín y refrendado, o por lo menos permitido, por el virrey de las Provincias de Hu-nan y Hupé, por cuyo conducto se transmite. A mayor abundamiento, concluye el infolio lanzando una diatriba contra el cónsul francés y diciendo que el misionero por quien se reclama no es francés, sino español» (20).

En tan difícil coyuntura, el P. Benito acude al representante de España, quien, efectivamente, promete ayudarle «en cuanto le sea posible», pues a nadie escapaba que manteniendo todavía Francia el Protectorado de las Misiones, era esta nación la más obligada a hacerlo, llevando seguramente a mal el que otros pueblos usurparan sus legítimos derechos.

He aquí a nuestros misioneros entre la espada y la pared, como solemos decir vulgarmente. Mientras tanto, el populacho, avalentado por los triunfos conseguidos anteriormente y animado por las mismas autoridades, mostrábase cada día más provocativo y hostil, impidiendo la entrada del europeo en la Provincia. Mas el P. Benito, que nunca pierde las esperanzas de volver a su amada misión, regresa, aunque accidentalmente, a su Cai-chi-chao. «No me encontró—escribe el héroe refiriéndose al P. Celedonio Martín—, pues había tenido que retirarme la misma noche. ¡Noche memorable, a cuyo solo recuerdo se me saltan aún hoy las lágrimas de los ojos; noche en que, puesto a la vista de Cai-chi-chao, esperé a que la gente se durmiera para ocupar de nuevo mi posición y dejar allí mis huesos, pues carne ninguna había! Sólo se detuvo el tiempo suficiente para preguntar por mí, y entre ruidosa silba del populacho prosiguió a Mang-chia-chi (Hupe), a donde yo me dirigía. Allí le encontré y mutuamente nos consolamos. El 12 de junio se separó con sentimiento de mí, porque deseaba volver con buenas noticias a su residencia; yo me separé de él con sentimiento, porque en aquella tristísima situación quedaba privado del amigo, del consejero, del hermano» (21).

Antes de decidirse a dar este nuevo y aventurado paso, y estando en el mismo límite de Hu-nan—muy cerca de su Cai-chi-chao—para observar desde allí el movimiento de la pantera de Litchow—nos referimos al mandarín de dicha ciudad—, había descubierto el complot tramado entre aquél, literatos y paganos, y cuyo fin no era otro que el

de exterminar las Misiones católicas y desterrar de Hu-nan hasta el mismo nombre de «cristiano». «Fué el P. Benito González quien, desde las inmediaciones de Cai-chi-chao —escribe el cronista—, dió la voz de alerta, remitiendo datos muy elocuentes de cuanto se tramaba, y nuestro Procurador de Hankow el que entregó los difamatorios libelos y anónimos, enviados por el primero al cónsul inglés, y éste quien los facilitó a un pastor protestante, el cual avisó a los europeos por medio de la prensa local del exterminio que se planeaba. Ni el cónsul ni el pastor tenían noticia de la urdida hecatombe; no obstante, se dieron la importancia de haber sido los verdaderos descubridores de tan satánico complot. ¿Hicieron constar la procedencia de los documentos y que a un religioso agustino residente en Hu-nan debíase el providencial hallazgo de la trama? Todo menos el atribuir al antiguo misionero de Cai-chi-chao lo que en justicia no pudo regársele. Y que el proyecto de exterminio se hubiera realizado lo demuestran muchas de las víctimas sacrificadas en varios puntos del Imperio, y el exterminio hubiera sido general de no haberse dado la voz de alerta (35).

Quede consignado aquí este dato interesante en la vida de nuestro ilustre hermano, haciendo honor a la verdad histórica y dando a cada cual lo que le pertenece. De este modo salvó la vida de tantas víctimas como seguramente se hubieran sacrificado, librando a la vez a Hu-nan de una hora trágica, de desolación y exterminio, como aconteció en algunas regiones del norte de China (22).

Yochow.—«Esta misión de Yochow la abrió el Padre Benito González el año de 1897, no sin haber tenido que vencer antes muchos obstáculos y dificultades por parte de los mandarines y de los literatos» (23).

Así se expresa el autor de «Notas y Escenas de Viaje», Ilmo. P. Juvencio Hospital, en la primera de sus cartas que, como sabemos, dirigió a su hermano Fr. Buenaven-

tura, Agustino también y trabajador incansable por la Buena Causa en tierras peruanas. Nosotros hemos de añadir que antes del año citado intentó nuestro héroe—en 1895—una casa en la *ciudad-llave* de la Provincia de Hunan, según ha sido nombrada por nuestro querido Obispo de Cauna, Vicario Apostólico de Chang-teh, hoy, por juicios inexcrutables del Altísimo, Prior de la Cartuja de Miraflores, de Burgos.

Y es el mismo P. Benito quien nos va a contar algo de lo que pudiéramos llamar primeros pasos y como infancia de aquella misión. Compartirá los afanes y apuros del héroe su condiscípulo y amigo P. Agustín González. Las tentativas de 1895 quedaron frustradas. Al año siguiente volvió el P. Benito a la ciudad de Yochow, llegando a examinar «un local hermoso inmediato al río»; mas eran tantas las dificultades que se oponían a su adquisición, que no hubo más remedio que desistir también esta vez de tan nobles propósitos. Poco antes de finalizar el año, el de San Martín del Rey cree ser llegada la hora, y pide licencia al Vicario Provincial—licencia que le fué concedida telegráficamente—para comprar la casa antes de que se adelantaran los protestantes, jugándoles una mala partida. El P. Agustín sube a Yochow, después de haberse rapado la barba—a excepción del honorable bigote—y calado las antiparras como el más fanático admirador de Confucio. De este modo no infundirá sospecha alguna entre los habitantes de la ciudad, que debían estar escamados de las malas mañas que empleaban los malditos «barbudos». Tampoco esta vez acompaña la suerte a los misioneros. «No obstante—habla ahora el P. Benito—, seguíamos trabajando para remover dificultades, y el 30 de junio de 1897 quedaron vencidas, cerrándose definitivamente el contrato de compra.»

Mas el diablo, que en esto de vigilar los intereses propios nos da a todos quince y raya, hizo que se enteraran los odiados «literatos», los cuales trataron de inutili-

COLEGIO UNIVERSITARIO «MARIA CRISTINA» BIBLIOTECA Monasterio de El Escorial

zar por todos los medios la compra, aun después de haber sido sellada la escritura en la misma ciudad de Yochow. «Organizaron entonces manifestaciones hostiles al europeo —prosigue nuestro ilustre biografiado—, y se hubiera perturbado la tranquilidad pública, repitiéndose algo o mucho de lo ocurrido en Ling-sien, de no haber estado las autoridades en favor del misionero, o de no haber recibido aquéllas órdenes terminantes de no impedir la acción evangelizadora de la Iglesia» (23).

Y se hace relativamente la paz. Se afianza el orden y, de momento, cesa la persecución. El 25 de agosto del citado año 1897, el P. Benito González entra en Yochow y toma posesión de su residencia. ¡Qué sol más limpio el de aquella mañana y qué aquietarse la villa en torno del misionero! La tranquilidad era completa y nada podía temer, por cuanto el mandarín había recibido orden terminante de protegerlo, castigando con mano dura al que intentara hacerle algún mal. «Todas las autoridades—escribe muy ufano—me devolvieron la visita con mucha etiqueta y gran boato, y entonces comenzó la verdadera protección, ordenando a una compañía de soldados, con su capitán, guardaran la residencia de luz a luz.» Y poco más adelante continúa: «La afluencia de gente es infinita, tanta, que el mandarín se ve precisado a dar nuevos edictos prohibiendo entren en mi cuarto más de diez personas. No me dan tiempo de reposo ni me dejan libre un momento» (24).

Ciertamente que «no todos vienen con intenciones pacíficas» (25), pero el P. Benito halla consuelo y justa compensación de los sobresaltos e inquietudes que puede ocasionarle la soberbia de un literato en aquel grupo de almas buenas que ocude todos los días a escuchar de sus labios la doctrina salvadora. Ahora sí que se siente el Agustino misionero de verdad, es decir, realizador heroico de una necesidad histórica; portador, además, de una nueva cultura y civilización. Fino y sagaz observador del

pequeño mundo que le rodea, conocedor magnífico de las artes mágicas y costumbres del pueblo chino; hombre, en fin, práctico y severo sopesador de las cosas, poseía asimismo el ánimo inextinguible de sueños heroicos, que pensaba convertir en breve en la más cuajada realidad.

Con la famosa revolución de *los boxers* (26), nuestros misioneros tuvieron que abandonar, con honda pena, la amada grey de sus cuidados. «Poco a poco, y no sin algunas peripecias y ansiedades pasadas en el camino, fueron llegando a Hankow los misioneros siguientes: PP. Saturnino de la Torre, Benito González, Celedonio Martín, Abraham Martínez, Francisco Bernardo, Agustín González, Samuel Palomino, Anacleto Fernández, Antonio Arroyo, José José, Victorio Pérez, Nicolás Puras y Lázaro Ramírez.

«La mayor parte de estos varones apostólicos—continúa diciendo el cronista—no salieron de sus respectivas cristiandades sin gran repugnancia y pesar suyo, ya por el celo con que cuidaban de sus cristianos, ya también por razón del grave peligro a que exponía a sus ovejuelas la ausencia del pastor; pero con resignación de héroes sacrificaron este afecto personal, tan legítimo y tan puro, en aras de la obediencia religiosa, más grata al Señor que todos los sacrificios juntos.

Sin embargo, a repetidas instancias de los interesados, y, sobre todo, interviniendo la mediación del mismo Vicario Apostólico (que escribió al P. Vicario Provincial para que éste le eximiera de la obediencia a su mandato), se quedaron en la Misión asistiendo a los cristianos los Padres Angel Diego, Lorenzo Alvarez y Mariano Aparicio. Y con éstos quedaron también los sacerdotes seculares indígenas PP. Pablo Tchan y Matías Tchen» (27).

Actividad misionera.—El destierro de nuestros heroicos hermanos duró muy poco tiempo. Una carta del Vicario Apostólico, escrita desde Lit-chow y recibida en Hankow el 4 de noviembre del citado 1900, al mismo tiem-

po que anunciaba la desaparición de todo peligro, invitaba a todos los misioneros a volver a su campo de acción. Y vuelven. Vuelven todos contentos al trabajo. En Yalan, que es donde ahora tiene su residencia el P. Benito, reina la calma y la paz. Diríase que están esperando con impaciencia la vuelta del europeo, si bien éste—viejo y experimentado—tiene por seguro que ha de ser recibido por muchos con desdén y, esto sobre todo, que allí no hay otra cosa que un montón de ruinas. Pero le importan poco las que haya causado la furia revolucionaria de los boxers; le duelen las otras, las ruinas espirituales, mucho más difíciles de reparar. Sin embargo, nada se ha perdido cuando se puede volver y se poseen ánimos para comenzar de nuevo la tarea.

Como de costumbre, el P. Benito hará valer sus derechos ante el mandarín exigiendo indemnización de los daños sufridos (28). Incansable en su tarea apostólica, será destinado poco después a la rica e importante ciudad de Chang-teh, sustituyendo al P. Abraham Martínez. He aquí lo que sobre este particular escribe el historiador de nuestras Misiones en el Celeste Imperio, siguiendo a la letra la Memoria que dejó escrita el P. Agustín González sobre aquella ciudad: «Al hacerse cargo de la residencia de esta populosa Babel en marzo de 1901, le pareció miserable, estrecha e impropia de la ciudad más importante del Vicariato; por eso compró otra, con muchas dependencias y espacioso solar, en diciembre del mismo año, pero tan en las afueras de la población y tan castigada de las inundaciones como la primitiva. No obstante, respondía a sus deseos de que fuese capaz de admitir en ella mucha gente, con el fin de catequizarla en la doctrina de Cristo. En su avidez de ganar almas para Dios, y conocedor del egoismo chino, que sólo se mueve a obrar por miras rastreras, procuró cuanto pudo atraerlos con el cebo de prestarles generosa ayuda en sus negocios, confiando en que con el estudio de la doctrina cristiana podría elevarlos a mayor ni-

vel moral y disponerlos para que consiguiesen bienes más macizos. Con la rapidez del relámpago cundió la noticia de que en el misionero se encontraba decidido apoyo en la resolución de cuestiones, y era de ver el hormiguero de gente que acudía a dar el nombre en la lista de catecúmenos. El Padre, lejos de aburrirse con tanto ir y venir y escuchar las cuitas que cada cual refería, era cuando más gozaba, pensando para sí que con tanto movimiento sacaría muchos peces para la barca de San Pedro; aunque tampoco se le ocultaba que la frecuencia con que iban a la iglesia era «non propter Christum, sed propter negotia», como ya echaba en cara N. P. San Agustín a los cristianos de su tiempo. Era de admirar la actividad desplegada por el misionero. Tenía designados cinco neófitos para arreglar los asuntos de los cristianos con paganos, y en caso de no terminarlos satisfactoriamente, darle cuenta para acudir él mismo a la autoridad. Le ayudaban cuatro mujeres, a las que enviaba alternativamente a casa de los neófitos con el fin de instruirlos en la doctrina, y tenía dos numerosas escuelas, de varones una y de mujeres otra, que funcionaban en la residencia. Con este proceder llegó el número de catecúmenos hasta la cifra, casi inconcebible en estas tierras, de dos mil, y pesimista había de ser quien no concibiese fundadas esperanzas, en vista de tanto pretendiente a la religión, de no tener pronto una numerosa y crecida cristiandad. Pero se ha visto que esta gente, cuando se trata de lo espiritual, es como el pez fuera del agua: se asfixia; sólo vive como en propio elemento en el trajín de la materia. Devora a las mil maravillas el cebo arrojado sin prenderse el anzuelo, pues en seis años de continuas fatigas y sudores apenas si los bautizados en la ciudad llegaron a 70 u 80, y eso de lo peorcito, siendo pocos los cristianos de verdad. Aunque alguien pudiera tildar este método de humano en demasía, yo creo que el Señor, que no juzga nuestras obras por el feliz éxito, sino por la pureza de intención, habrá galardonado abundante-

mente el celo y los muchos trabajos que padeció el P. Benito para atraer a estas infelices gentes hacia la senda de la Verdad (29).

CONTENIDO DE LAS NOTAS

(1) El P. Benito adoptó, muy cuerdamente por cierto, en todas sus cartas la ortografía castellana a los nombres chinos.

(2) Carta del P. Benito González a los PP. Tomás Rodríguez y Pedro Miranda escrita en Siantang, a 17 de enero de 1882 (*Revista Agustiniana*, VII, Valladolid 1884, 176).

(3) El P. Benito estaba convencido de que su pasaporte valía tanto como el de su Vicario, P. Elías Suárez, el cual «le había comprado a vil precio, en frase de un mandarín, a un ministral o lacayo del tribunal de Pekín». Precisamente, refiriéndose a este delicado asunto del Pro-Vicario, escribía confidencialmente: «yo también creo que el pasaporte, a lo menos el mío, no reúne los verdaderos requisitos de tal, antes está tan manco, tan imperfecto, tan contrahecho, que sería mejor no tenerle, pues así no serviría de impedimento para conseguir otro. Y me lo persuade así, no el dicho del mandarín, sino el mismo pasaporte, cuya imperfección hace colegir que no iba el mandarín tan descaminado cuando decía que había sido comprado a algún lacayo o mozo de mulas». (*Revista Agustiniana*, 279).

(4) Ibid., 275.

(5) Ibid., Valladolid 1885, IX, 96.

(6) P. Bernardo, *Historia...*, 167.

(7) P. Bartolomé Fernández, *Memoria de la Misión de Cai-chi-chiao*, Archivo Histórico Hispano Agustiniano, 1915, III, 11).

(8) *Diario*, cit. por Bartolomé Fernández, ibid., 12.

(9) En realidad no contaba más que con unas cincuenta casas.

(10) Este gran misionero había logrado casa-misión en la importante ciudad de Litchow, viviendo allí por algún tiempo en relativa paz. Pero, al fin, el populacho, instigado por los literatos y capitaneado por los mismos mandarines, prendió fuego al edificio y hubieran dado muerte a su legítimo dueño de no haber escapado oportunamente de sus manos. (AHHA, III, 13.)

(11) Ibid., 14.

(12) He aquí lo que sobre el particular escribe el P. Fernández: «Al día siguiente de esta astuta maniobra (se refería a la fea acción que cometieron los oficiales del ejército entrando en la residencia del misionero y tomando apuntes de cuanto allí había) llegó a Cai-chi-chiao el mandarín de Litchow. Aposentóse en la pagoda de la localidad y allá fué a visitarle el P. Benito. Introducido a presencia del mandarín, ordenáronle imperiosamente que se arrodillara, pero él, echando una valiente mirada a los circunstantes, negóse con la firmeza de un confesor de la fe a prestar esa ceremonia en un lugar repleto de ídolos, y se retiró a su residencia. Pasados unos instantes el mandarín vino a la iglesia, donde con frases suaves, pero hipócritas y saturadas de malicia, trató de persuadir al P. Benito a que se marchase de Cai-chi-chao. El P. Benito al oírle expresarse de este modo, al verse a frente de aquel indigno representante de la

autoridad, autor de la trama que venía desarrollándose contra la Iglesia, adoptando el tono enérgico que las circunstancias requerían, hizo ver al mandarín la sinrazón con que se atrevía a proponerle la retirada de Cai-chi-chao; le recordó su inicuo proceder con el P. Saturnino; le afeó su manifiesta complicidad en lo de Wong-chi-re, el apoyo que prestaba contra la Iglesia a los revoltosos literatos, las malísimas intenciones que le traían a Cai-chi-chao, y, en un arranque de justa indignación le llamó «mandarín de necios». (Archivo, III, Madrid 1915, 93.)

(13) P. Bernardo, 170.

(14) Según el P. Bartolomé Fernández, la señal la dió «un joven petulante y provocativo», entrando en la residencia del misionero y arrojando al suelo la pipa en que venía fumando. El P. Bernardo que, como sabemos, tuvo presentes los *Apuntes* que a continuación transcribiremos, nos dice, según palabras textuales del héroe de Cai-chi-chao, «que la señal convenida la dió un desalmado, derribando por tierra el quinqué que alumbraba la habitación del Misionero».

(15) El alma buena que dió el grito de indignación contra el proceder de aquellos verdugos no era otra que el fiel y valeroso catequista Pablo Cheng el cual nunca abandonó al sufrido Misionero.

(16) P. Bernardo, 171.

(17) «... Conocida, pues, su intención—copiamos textualmente las palabras del P. Benito—, y con la excusa de querer hacer una necesidad, sale a la calle (el misionero habla siempre en tercera persona cuando narra sus propias aventuras), acompañado siempre de satélites. Una vez que se vió fuera tiende a correr sin volver cabeza atrás. Clama un satélite: ¡El Padre se marcha!; y salen en su seguimiento todos los pedáneos. Pasó la raya de Provincia, y Dios depara a un cristiano, también escapado, que alumbrando con un farol le condujo a casa de un conocido. Entra el misionero y con él entran también los que le perseguían con ánimo de arrebatarle; pero como era ya provincia diferente se levantó un pequeño motín y los obligaron a volverse sin conseguir su intento.» (*Apuntes*, 90.)

(18) Por carta del P. Saturnino de la Torre sabemos que las heridas eran graves, teniendo la del cuello «dos dedos de abertura»; por lo que el médico no acertaba a explicarse tan rápida curación de las mismas, teniéndolo todo como cosa milagrosa. (Carta del P. Saturnino de la Torre, 18 mayo 1886.)

(19) *Revista Agustiniana*, XII, Valladolid 1886, 173.

(20) Carta del P. Benito, cit. por Bernardo, 173.

(21) *Apuntes*, cit. por Bernardo, 210.

(22) P. Bernardo, 213.

(23) En el Norte de China, cuna de las dinastías tártaras, se cometió la hecatombe más espantosa que se registra en el Extremo Oriente. Toda una comarca fué exterminada por las bien instruídas tropas de Li-hong-tchangu obedeciendo sus órdenes. En otros varios puntos destruyeron distintas iglesias y fueron asesinados no pocos europeos.

(24) P. Juvencio Hospital, *Notas y Escuenas de Viaje*, Barcelona 1914, 7.

(25) El P. Bernardo, de quien tomamos las palabras que anteceden, trae la nota siguiente: «Las autoridades, para reprimir los atropellos sufridos por el que selló el documento de compra, publi-

caron edictos como el siguiente: "Los Misioneros tienen pase imperial para predicar, no sólo en los puertos abiertos al comercio europeo, sino también en cualquier otro punto del interior y en el mismo corazón de la China".» (P. Bernardo, 252 y nota.)

(26) *Apuntes,* cit. por Bernardo, 253.

(27) Se puede decir con toda verdad que en el tiempo que llevan los Agustinos en China no han gozado un solo día de paz completa.

(28) Sabido es de todos cómo los generosos esfuerzos del joven emperador Kuang-Hou para llevar a cabo modernas reformas en el interior de su Reino motivaron el descontento de un grupo de fanáticos conservadores, los cuales se dieron el nombre de Boxers. El partido creciente de día en día por ese afán del pueblo chino a replegarse en el castillo de sus viejas tradiciones, se colocó de parte de la ambiciosa y astuta emperatriz viuda, favoreciendo de una manera especial el golpe de Estado del 12 de septiembre de 1898 con el que se apoderó del trono aquella mala hembra. Dos años más tarde, en el alborear de nuestro siglo, la provincia de Shang-tung, «cuna de las sociedades secretas de China», vióse envuelta en aquel movimiento nefasto y sedicioso de los nombrados boxers; movimiento revolucionario que terminó con la catástrofe nacional del 1900 y que no conocía precedentes en la historia del Celeste Imperio.

Como nota curiosa, hemos de añadir a esta observación nuestra que fué un agustino, el P. Saturnino de la Torre, el primero en descubrir el movimiento aversivo.

(29) Bernardo, 294.